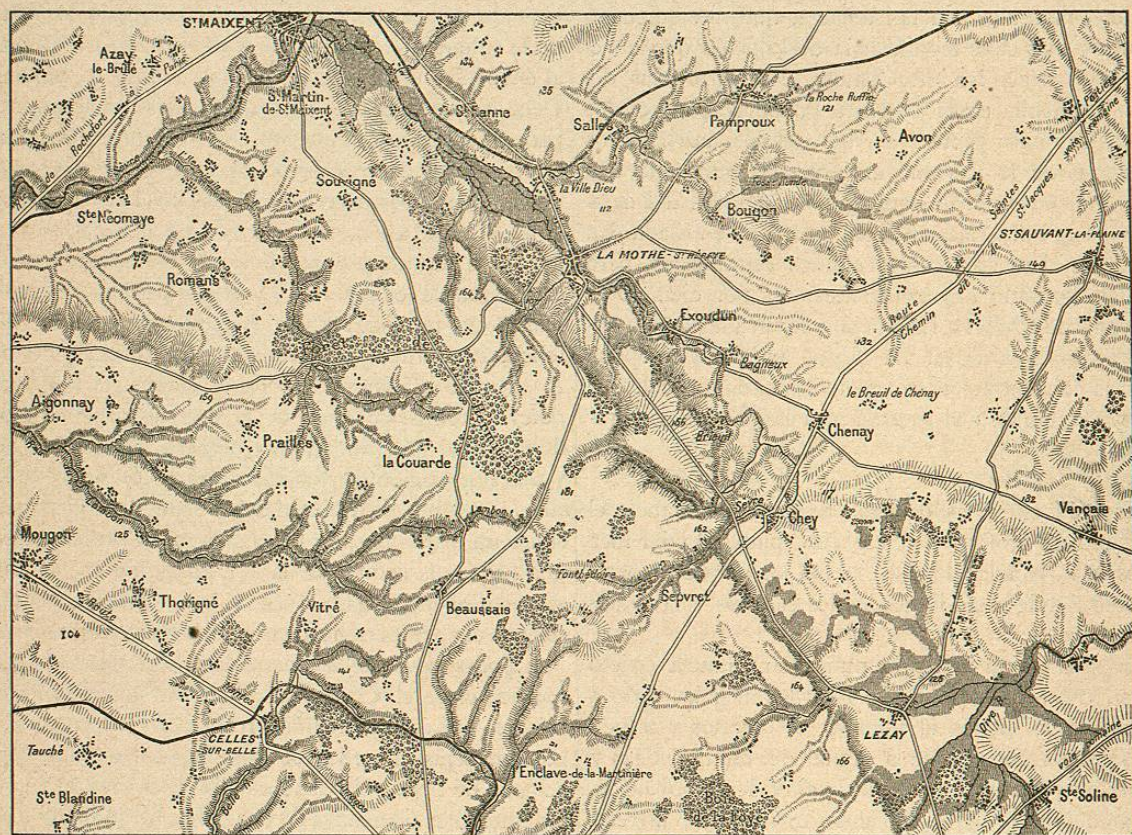


instaláronse antiguos *oppida* que más tarde se convirtieron en castillos fortificados ó ciudades, como Poitiers y Lusignán, que se alzan en las cornisas, siguen las curvas de los ríos ó, como Poitiers, se sitúan entre el río lento y herboso y una línea de pantanos. En el intervalo de los valles la población, por otra parte poco numerosa, está más bien diseminada en caseríos que agrupada en grandes aldeas.

Esta comarca, en la que por todas partes las líneas

abundan todavía los lobos, y en las inmediaciones del Limousín, el de Charroux, desde donde los carboneros conducen en burros su mercancía á Niort y á los puertos del Marais. Pero, en general, lo que caracteriza estos terrenos pesados y estériles es la *brande*, es decir, el yermo sembrado de estanques y cubierto de juncos y de hiniestas de la altura de un hombre.

Este conjunto complejo compone una región que todavía recuerda bastante un tipo antiguo de estableci-



CONTACTO DE CHAMPAÑA Y BOCAGE EN POITOU

Una falla que se dirige S.E.N.O y que puede seguirse durante unos 50 kilómetros, eleva hasta 180 ó 190 metros las margas del liás y traza un talud rectilíneo cuyo reverso se inclina en suave pendiente. A esta pendiente corresponde una comarca silvestre, verdeguante, de granjas diseminadas. Por el contrario, á una y otra parte las calizas permeables traen nuevamente las campiñas surcadas de valles secos, en donde para que las aldeas se aproximen es preciso que el agua surja en abundantes manantiales. Al contacto de ambas regiones se ha constituido una serie de pequeñas ciudades en la faja en donde asoman á la superficie las margas ricas en cal y en ácido fosfórico y en donde las dislocaciones hacen aparecer aguas en abundancia; allí ha establecido el Sèvre-Niortés el comienzo de su curso.

horizontales son obsesión de los ojos, no es, sin embargo, una superficie desnuda después de la recolección, un vasto campo de labor triste y sin árboles; en efecto, si la contemplamos desde un punto elevado, veremos que hay en ella arboledas, lo cual se debe á que la llanura potevina está sembrada de terrenos de transporte arrancados por antiguas corrientes del Limousín ó de la Gatine. Estos suelos cuarzosos que por efecto del lavado han perdido la potasa de que estaban impregnados introducen en la meseta potevina un elemento exótico, algo como la aparición súbita de otro país. En cuanto la convexidad de la meseta calcárea se eleva á un cierto nivel, vemos unas placas arcillosas y blanquecinas que hasta estos últimos tiempos la agricultura no había podido conquistar. Subsisten allí grandes bosques: al Norte de Poitiers, el de Mouliere, en el que

miento de pueblo. Entre las marcas forestales y salvajes que la rodean había bastante tierra fértil para que, con aperos medianos y con la cosecha pobre con que se contentaba una población poco densa, pudiera formarse un núcleo político: no faltaban allí ni el trigo, ni los árboles frutales, ni la piedra de construcción, ni la arcilla para los utensilios de barro, ni el sílice que facilita el empedrado de los caminos, en una palabra, nada de lo que permite á un país bastarse á sí mismo. Y en realidad, en las costumbres y en las viejas industrias moribundas adviértese un rasgo de persistente arcaísmo: el labriego conserva su predilección y su cariño hacia este suelo, algo pobre, pero fácil de labrar, y acá y allá algunas viviendas de los últimos siglos indican la existencia de una clase media ó de una pequeña nobleza rurales.

Casi en el centro de esta llanura, en el punto en don-

de el Charente, muy encajonado, tuerce bruscamente hacia el Sur, un rasgo singularmente preciso impresiona nuestros ojos: en la margen derecha del río comienza una línea de colinas que desde Montalembert á La Motte-Saint-Heraye se extiende, de Sudeste á Nordeste, tan recta como las *barres* que cortan los paisajes bretones, y que se eleva en brusca prominencia hacia el Norte, á lo largo de una falla que levanta á 190 metros los terrenos margosos del liás, los mismos que hacia Poitiers constituyen el fondo de los valles. El Sèvre-Niortés, indeciso respecto de su dirección, atraviesa el borde meridional de aquella línea de colinas y serpentea en su base para volverla á cortar de nuevo al través de los esquistos que no tardan en aparecer. Una ascensión de 50 metros basta para descubrir al Norte grandes horizontes: todo parece llano; sin embargo, á mitad del camino de Poitiers, en Champagné-Saint-Hilaire, álzase como una isla una colina que conserva también un trozo de rocas esquistas en un anticlinal. Tales son, con las apariciones graníticas que la apertura de los valles ha puesto en descubierto al través del Poitou calcáreo, los vestigios del enlace entre el Limousín y el Bocage vandeano. Merced á estos escasos lineamientos, adivínase la armazón íntima, como se adivina una inscripción borrada en sus tres cuartas partes.

El Bocage vandeano es la reaparición de las rocas antiguas. No es, sin embargo, el Limousín el que reaparece; en lo sucesivo las alturas no exceden de 286 metros, máximo que alcanzan las cumbres graníticas de la Gatine. La superficie ha sido invadida varias veces por transgresiones marinas cuya extensión atestiguan grandes manchas limosas; no obstante, bajo los cultivos que han ocupado casi por completo el suelo, se descubre la aspereza de éste. Los árboles son más raros hacia las cumbres de las colinas, y entre sus setos, cada vez más espaciados, los campos de centeno y de alforfón forman en verano grandes manchas rojas y blancas; por todas partes, en los taludes, en los barbechos, reaparece la vegetación de helechos y de hiniestas que en las horas del rocío despiden un olor acre; y algunos puntos culminantes se marcan por hileras de molinos de viento, construcciones pacíficas que, sin embargo, fueron señales de guerra civil, como los del monte de las Alouettes, junto á Herbiers, que eran espías de muchas leguas á la redonda.

Como en Bretaña, la estructura estriada de la superficie se manifiesta por largos surcos paralelos á las cumbres: el del Sèvre-Nantés sigue fielmente al Norte el perfil de la Gatine, deslizándose este río lentamente por una anfractuosidad verdeguante y bañando con sus negras aguas la base de antiguos castillos fortificados, como Mortagne, Tiffanges, Clissón. Estos profundos desgarrones son uno de los rasgos característicos de esas viejas cordilleras, en donde las desigualdades son en hueco más bien que en relieve y sin que en muchos casos haya nada que permita preverlas; así en Thouars se ve de pronto abrirse en la llanura uniforme un escarpe que la pequeña ciudad feudal domina y en cuyo fondo serpentea el río entre rocas primitivas.

Al Norte, la Gatine pierde su carácter ostentándose en las mesetas de anchas ondulaciones que desde Chalonnes á Champtoceaux forman una rampa continua que limita el valle del Loira. Encima del risueño valle,

TOMO I

este escarpado talud, sobre el cual se alzan antiguas aldeas, constituye una especie de barrera; y efectivamente fué el límite de la vieja comarca denominada *Mauges*, eminentemente rural hasta en sus industrias, más potevino que angevino y hostil á la vida urbana de las márgenes del Loira, á pesar de las relaciones de comercio que desde antiguo tuvo con el mar, como lo demostró en 1793.

Al Sur, así que al granito suceden los esquistos más blandos, la Gatine toma resueltamente el aspecto de Bocage; ya no se ven espacios descubiertos ni campos vastos, sino que la comarca se fracciona en retazos llenos de verdura, convirtiéndose en la «pequeña comarca», según acertada expresión local. Cada lote de campos ó de prados está rodeado de *chintres*; todo está cercado. Los caminos hondos corren entre setos de árboles; en todas partes, cerca de los arroyos, de las fuentes, de los sitios en donde el agua transpira, se encuentran *borderies* (alquerías), bien diseminadas, bien reunidas en pequeños caseríos; las casas, con sus tejados de tejas poco inclinadas, con su higuera y algunas con su emparrado, tienen un aire enteramente meridional que no vemos en el Bocage bretón ó normando; y grandes pajares revelan los recursos nutritivos de ese suelo, pobre sin embargo en las partes en donde falta la capa de limo. En todas partes, aun en los espacios baldíos de que se han apoderado las hiniestas y los helechos, penetra tarde ó temprano el arado, aunque deban prolongarse muchos años los barbechos. Las ciudades y hasta las aldeas representan sólo una pequeña parte de la población; la comarca es, pues, una expresión completa del Oeste rural.

CAPÍTULO III

POSICIÓN MARÍTIMA Y ESTUARIO DEL LOIRA

A lo largo de la parte potevina de la Cordillera del Oeste extiéndese á modo de franja pantanos, golfos atrofiados, llanuras encenagadas, islas, algunas de las cuales están unidas á la tierra firme, en una palabra, el estuario de un gran río. En esta forma se destacan á lo largo de la costa vandeana un gran número de comarcas individualizadas, ofreciendo varias de ellas un marcado contraste con el interior. *Soto* (*Bocage*) y *Pantano* son opuestos no sólo por su aspecto y por el modo de circulación, sino además por la sangre y por la raza. Entre las dunas de arena de la comarca de *Olonne* anida una vida de pescadores con sus costumbres, sus trajes y una variedad especial de población de tipo moreno. Los habitantes del pantano de Briere, adaptando su existencia á la naturaleza anfibia del suelo, se dedican alternativamente á la explotación de la turba y á la cría de carneros. Las salinas constituyen el borde de una parte del litoral y consagradas por completo á su explotación han vivido una vida aparte, sobre todo en otro tiempo, varias tribus de salineros. En todo este litoral prevalece, salvo algunas excepciones, una existencia fraccionada cuyos diversos aspectos están en relación con la marcha desigual de los avances de la tierra sobre el mar.

En efecto, en esta parte del litoral, el mar parece actualmente retirarse ante las invasiones de la tierra: el

XVIII

golfo del Poitou no es sino una reminiscencia de tiempos poco lejanos; el Morbihán se cubre de fango y el Loira construye un delta submarino. Pero esta retirada del mar no es más que un episodio en una serie de oscilaciones alternativas, ya que hasta donde llegan nuestros conocimientos del período terciario, siempre las relaciones entre la tierra y el mar han estado sometidas á un régimen de inestabilidad del cual no parecen haber salido todavía. Muchas veces el mar ha avanzado, ha penetrado por transgresión en las depresiones y en los valles en donde el trabajo de las corrientes de agua le había previamente facilitado el acceso, comenzando otra vez esta labor de erosión en cuanto un nuevo retroceso del mar sucedía á una de sus ofensivas acometidas, y preparándose de este modo, mediante sucesivos retoques, la actual configuración del litoral. Las aguas marinas, en sus invasiones, han sorteado las cordilleras salientes para llenar las depresiones que en parte ocupan todavía, siguiendo un modelado preexistente que presentaba desigualdades en eminencia y en hondonada y cuyo bajo nivel, debido al desgaste del tiempo, permitió á aquellas aguas penetrar muy adentro del continente. Los rasgos en parte sumergidos de este modelado se revelan actualmente, ora en la serie de islas, ora en las rías, pequeños mares ó estuarios que cortan el litoral, y continúan, al través de las oscilaciones de la línea de costas, dibujando la configuración del zócalo continental por donde el Poitou se une á la Bretaña meridional y que aún permanece medio oculto bajo las olas.

El estuario del Loira se relaciona por sus orígenes con estas vicisitudes de progreso y retroceso de las costas; no corresponde á un pliegue de la estructura de la Cordillera, sino que ocupa simplemente un valle de erosión formado y ensanchado sin duda en los intervalos de grandes invasiones marinas. Cuando después de haber rozado la base de los Mauges el río se estrecha al pie de la roca y del castillo de Champtoceaux, atraviesa una de las anchas fajas de granito que constituyen la armazón de la Meseta meridional; sus márgenes irregulares presentan bruscos promontorios, y en Nantes la barra de granito oprime de cerca el río y la ciudad, y la corriente que, procedente del Norte, desemboca aquí en el Loira tiene un lecho semilacustre en las brechas del Surco de Bretaña.

Con este río que recorre casi la cuarta parte de nuestro territorio, que en otro tiempo transportaba al mar los hierros del Nivernais, los cáñamos de la Limagne y los vinos de Orleáns y de la Turena, parece que la misma Francia penetra en las antiguas tierras bretonas. Su confluencia con el Maine acaba de aumentar su importante caudal, pero bajo el peso de su aluvión enorme, se ramifica entre riberas que trazan rojos arabescos y entre las islas cuyos sauces y álamos se esfuman en los vapores de las aguas. En el punto en donde penetra la marea y en donde el río dividido facilita un pasaje cómodo hacia el Sur, instalóse tempranamente una ciudad de confluencia (*Condé*) (1), cabeza de puente y emporio marítimo, que fué en aquellas comarcas estériles de vida urbana un germen vigoroso, nacido y desarrollado á costa de los territorios vecinos. La im-

(1) *Condevincum*.

portancia de la ciudad nantesa se manifiesta por el desarrollo territorial que representa el país de Nantes. En provecho del emporio marítimo convertido en ciudad episcopal, operóse una agrupación, y mientras en la orilla izquierda la comarca potevina de *Resé* (*Retz*) no tardaba en gravitar dentro de la órbita de aquélla, el territorio nantés se extendió al Norte sobre las mesetas que desde Ancenis, por Nor y Blain, centro de vías romanas, llegan hasta Redón y vienen á ser las raíces de la Bretaña meridional. Todavía se ven allí antiguas huellas de metalurgia, pero sobre todo de allí parten, y este es un hecho decisivo, las vías de penetración que van directamente á las ciudades escalonadas al extremo de los estuarios, desde Redón á Quimper. De este modo una ciudad bretona se injertó en la ciudad á que había dado origen el Loira, menos bretón que francés.

La Cordillera del Oeste dispone, pues, gracias á una escotadura de su meseta meridional, de una puerta hacia el Océano. En el proceso que entre la tierra y las aguas se discute, la pequeña comarca de Guérande, aislada por el pantano de la Briere, se ha convertido en península; el *trait* del Croisic ha dejado de separar enteramente del continente la pequeña isla marítima en donde se formó el puerto de este nombre. Las pesquerías, las salinas, las relaciones con La Rochela y las islas crearon allí un pequeño foco que tuvo su esplendor: Croisic con sus casas de piedra y sus balcones esculpados tiene todo el aspecto de una miniatura de Nantes, y en ella hizo por un momento presa el protestantismo.

La vida del exterior parece asediar estas riberas, pero inútilmente: las barras uniformes y bajas que cierran el horizonte imponen al espíritu el verdadero sentimiento de la región. La comarca muerta de Guérande domina desde lo alto de sus murallas este país extraño en donde el granito brilla entre los campos y la sal entre las aguas, y abarca más allá un horizonte sembrado de islas y animado por las barcas de pesca. Pero detrás de esta fachada, en donde el sol es más claro y el clima más seco, se extienden los turbales y se prolongan los surcos de yermos que separan estas articulaciones litóricas de la pobre y melancólica Bretaña interior.

II

CAPÍTULO PRIMERO

LOS CONFINES DE LA BRETAÑA

La Cordillera del Oeste termina hacia su extremo oriental por una zona divisoria que por Angers, Sablé, Sillé-le-Guillaume, llega hasta las fuentes del Mayenne y desde allí, por el Bocage normando, se une al Cotentin. Esta zona forma la transición entre la Bretaña y las partes limítrofes de la Normandía, del Maine y del Anjou. La naturaleza de la Cordillera primaria se manifiesta en ella por una tonalidad general más oscura, por la abundancia de los árboles y por la profusión de pequeños manantiales y de arroyuelos que se deslizan sobre lechos pedregosos. Pero acá y allá, una agricultura más rica y productos más variados evocan el recuerdo de comarcas diferentes. Esta región ha estado en todos tiempos destinada á servir, en una ú otra for-

ma, de marca-frontera. Por otra parte, esta zona divisoria carece de unidad, sucediéndose en ella ondulaciones alternativas de pliegues longitudinales, orientados de Este á Oeste y que circunscriben muchas pequeñas cuencas, como las de Angers y de Laval.

La más meridional es la de Angers, en donde aparece sobre todo marcado claramente el carácter de marca-frontera: cuando los normandos emprendían sus expediciones por el Loira, cuando los bretones salían de su provincia ó cuando los aquitanos se rebelaban contra los reyes Carolingios, Angers era el gran punto estratégico. De aquí vino la importancia histórica del Anjou; *marqueses de Anjou* fueron los antepasados de los Capetos, quienes, en lucha perpetua contra los bretones, normandos y aquitanos, eran los verdaderos jefes militares del reino cuyo rey iba á ser Hugo Capeto.

La Cuenca de Angers hállase separada de la de Laval por fajas paralelas de asperón que más abajo de Château-Gonthier atraviesa el Mayenne, ese bello y oscuro río que en Laval riega una tierra fértil. Los hornos de cal que se multiplican denotan que el suelo está provisto de elementos de que carecen las regiones vecinas.

La Cuenca de Laval, esta marca del Maine, fué antes de la Revolución el límite entre los países en que se percibía la gabela, y la Bretaña, país de *franc-salé* que estaba exenta de ella. Estos terrenos montuosos, cubiertos á trechos de bosques y de estanques, se prestaban demasiado al contrabando para que éste no arraigara en la comarca. Entre Laval y Vitré puede verse todavía, cerca de Port-Brillet, lo que queda del famoso bosque de Misedón, hoy perfectamente humanizado, pero en otro tiempo de aspecto sospechoso con sus sotos de acebos y de hiniestas que ocultan á un hombre á pocos pasos de distancia y con ese suelo tapizado de musgo que apaga todo ruido. Estas fronteras de contrabandistas eran una especie de país de anarquía y de tierra de promisión de vagabundos, quienes con harta frecuencia dominaban en él en absoluto. La vida aventurera se aprovechaba de las disimuladas guaridas de estas espesuras y del aislamiento de las alquerías, abandonadas á las sorpresas y á las agresiones del más fuerte; allí nació la chuanería, hija del contrabando, el cual á su vez tenía por cómplice la naturaleza del país, pronto á volver al primitivo salvajismo á poco que se aflojaran los lazos sociales.

Al Norte de la Cuenca de Laval, las líneas dominantes de la meseta septentrional surgen bruscamente por encima de las campiñas ó llanuras calizas de Conlie, Alenzón, Seéz y Argentan. Los bosques de Sillé, de Multonne, de Ecouves, de Perseige, primeros anuncios de las cadenas de montañas ó fajas que la surcan, sorprenden por su rigidez más aún que por su altura, por más que no haya en el Oeste otros más altos. Espinazos de asperón, inyectados de rocas eruptivas, conservan algunos bosques en sus laderas; pero en la estrecha cresta, el suelo de asperón desnudo no sustenta ya sino sotos y pinos. En las hondonadas la humedad forma esponja, brotando en medio de los brezos innumerables arroyuelos que alimentan las primeras aguas del Mayenne.

Muy pronto los fragmentos de cordilleras se combinan: las crestas de la selva de Andaine se enlazan con

las barras menos elevadas, pero siempre de contornos muy marcados en su rigidez, que se extienden entre Domfront y Mortain y aun más allá hacia Avranches, y estas barras continuas de asperón que aparecen encima del modelado casi amorfo de los esquistos descompuestos, imprimen en el paisaje un rasgo vigoroso. Los ríos ya existentes cuando tales barras surgieron, lograron conservar su lecho al través del obstáculo; así el Varenne en Domfront y el Cance en Mortain siguen brechas en las que el río reviste por un instante el aspecto de torrente. Desde lo alto de estas barras se dominan y vigilan grandes extensiones y en ellas se han instalado á modo de centinelas torres, castillos y ciudades, aprovechando los escarpes bruscos al pie de los cuales se ofrecían además á la industria humana las aguas rápidas y claras. De esta suerte se formaron establecimientos urbanos que, por otra parte, escasean mucho en el país y que encontramos en Vire, Falaise y Fougères, como en Domfront ó en Mortain, los unos ciudades extinguidas, contentándose con ostentar sus jardines en pendiente sobre los restos de sus viejas murallas, los otros transformándose y buscando nuevo vigor en la fuerza viva de las aguas.

Esta línea de alturas es la que separa de la Cuenca de Laval el Bocage normando, análogo al Bocage vendeano, pero con el matiz especial que le comunican otro clima y otras relaciones de contigüidad y de vecindad. Bajo la red de árboles, las nieblas se condensan y mantienen la humedad del suelo; los diversos planos del paisaje se destacan sobre la bruma y se esfuman en una serie de ondulaciones cubiertas de bosques; y en todas partes al través de los árboles brillan los prados. El ganado, sin más guardián que los setos, parece ser el amo de la comarca, pues la vista sólo en contados sitios puede espaciarse y únicamente percibe algunos detalles del espectáculo de la vida rústica que apaciblemente se desenvuelve á su alrededor. No faltan, sin embargo, señales por las que se manifiestan las propiedades íntimas del clima y del suelo: la vegetación de árboles ostenta una variedad de esencias que distan mucho de ofrecer las llanuras vecinas, y entre las hiniestas y los helechos, la frecuencia de los acebos, de la hiedra y de los laureles podría hacer sospechar al viajero, desde el fondo de las hondonadas en que está aprisionado, la vecindad del Océano, aun cuando no viera las grandes nubes que por encima de su cabeza pasan y el aspecto á menudo tempestuoso del cielo.

Entre Saint-Lo, Vire, Falaise, Ecouché y Domfront se localizó poco á poco el nombre de *Bocage normando* y no porque el aspecto selvático no se presente también en otras partes, sino porque aquí, como en el Poitou, el contraste inmediato con las llanuras ó campiñas contiguas ha suscitado nombres distintivos. La tierra parda sucede al suelo claro, las espesuras de árboles á los espacios despejados, la casa de adobes ó de esquistos á las viviendas de piedra y á los brillantes edificios, en una palabra, el país pobre al país rico; y esta división parecía ya fundamental en los tiempos del poeta del *Roman de Rou*:

*Li paisan et li vilain
cil des bocages et cil des plains* (1).

(1) «El aldeano y el ciudadano, aquél de los sotos y éste de las llanuras.»